



LIBRO QUINTO

Vida íntima de Juan B. Vianney.

SU RETRATO. — SUS CUALIDADES NATURALES
É INFUSAS. — SUS VIRTUDES. — SUS DONES

CAPÍTULO PRIMERO

Retrato del Bienaventurado Vianney.

EL santo Párroco de Ars presentaba en su persona todos los caracteres que constituyen, digámoslo así, la *fisiología del Santo*; de modo que, al verle, no podía menos de recordarse el elogio que el Rdo. P. Condren hizo de M. Olier: «Era como una hostia de nuestros altares: en el exterior se ven los accidentes de pan, pero bajo de ellos está realmente Jesucristo.» El Párroco de Ars fué favorecido del maravilloso dón de parecer á todos la imagen viva de Jesucristo. Esto explica el admirable poder que tenía sobre los corazones, pues quien se había ya encontrado con su mirada, ú oído su palabra, quedaba fascinado; y deslumbrado el ojo y sordo el oído para lo demás, ni veía ni oía ya otra cosa. Muchos hombres de mundo, acostumbrados á recibir diversas

impresiones, han confesado muchas veces que, después de haber visto de cerca al Párroco de Ars, jamás se les había borrado su imagen; que el recuerdo les seguía á todas partes, y no podían pensar en otra cosa. Y, en efecto, difícilmente pudiera representarse una persona que despertase más vivamente en el espíritu la idea del Santo.

Juan Bautista Vianney era de pequeña estatura: su complexión, sin dejar de ser fuerte, era eminentemente nerviosa. La edad y los trabajos en nada habían debilitado la viveza y agilidad de sus miembros, robustecidos en su infancia por medio de los penosos ejercicios de la vida campestre. Por raro privilegio conservó hasta el último momento el perfecto uso de todas las facultades de que tenía necesidad para cumplir su misión. Su oído era fino, su vista clara, su espíritu lúcido, y su memoria fresca. Y, en medio de esto, su cuerpo había llegado á tal grado de extenuación, que se le hubiera creído inmateral; parecía que la sotana no escondía cosa alguna bajo sus largos pliegues.

El paso, aunque grave, era ligero, como el de quien tiene señaladas las horas para ocuparse sin perder tiempo en el servicio de Dios. Su cabeza prolongada, angulosa, marcada con la palidez de las maceraciones, se inclinaba ligeramente sobre su pecho, por el hábito del recogimiento y de la adoración. Su pelo era abundante y rodeaba su hermosa cabeza, como una blanca aureola que reflejaba dulce majestad. Sobre su rostro demacrado, nada terrestre ni humano se descubría; veíase sólo el signo de la gracia divina, pues era como la frágil y diáfana envoltura de un alma que no vive ya en la tierra.

Lo único que indicaba vida eran sus ojos, que brillaban con luz incomparable. La mirada, que es lo que caracteriza el alma, tenía en Vianney no sé qué de fulgor sobrenatural, que variaba de intensidad y de expresión. Su mirada se dilataba y lanzaba como chispas cuando hablaba del amor de Dios; y cuando lo hacía del pecado, se cubría de lágrimas: era alternativamente penetrante y dulce, terrible y cariñosa, sencilla y profunda. Cuando se fijaba en alguno, parecían fluir de sus ojos torrentes de ternura y de misericordia. Notábase entonces aquel poder misterioso, aquel candoroso atractivo que concede el Señor á los que acostumbran levantar sus ojos al cielo. ¡Cosa admirable! Aquella mirada que penetraba los corazones y bajo la cual se inclinaban los espíritus más altivos, jamás impuso á nadie.

Lo más notable del Párroco de Ars, después de los ojos, era el perfil, cuyas líneas eran grandes, armoniosas y fuertemente pronunciadas. Aunque la dulzura y serenidad del rostro revelaban la paz divina de que gozaba su alma, el sello propio de su fisonomía, cuando estaba sereno y su expresión era familiar, consistía en una santa melancolía, hija del sentimiento de las cosas divinas. El incesante contacto de tantas miserias y la vista de tantos pecados aumentaban también esa disposición, y le abismaban en serios y tristes pensamientos; mas cuando salía de su recogimiento para conversar con la multitud, se presentaba *agradablemente ornado del Espíritu Santo*, según expresión de un Padre de los primeros siglos. Tenía una sonrisa de bondad que encantaba á todos, y no había en él un solo rasgo que no mostrase alegría.

Todo el mundo ha notado la gran semejanza de las

facciones del Párroco de Ars y las de Voltaire. Decimos de las facciones, porque la fisonomía era bastante diferente. Si se compara hoy el busto de Vianney con el busto que adorna la antecámara del castillo de Ferney, sorprende la semejanza de líneas; pero es admirable el contraste de la expresión de uno y otro. ¿No es bien digno de notarse que en la misma comarca, con distancia de un siglo, dos hombres hayan alcanzado gran celebridad por caminos tan diferentes? Ars y Ferney: los dos extremos, los dos polos de la humanidad: ¡el amor y el odio! El siglo XVIII corría á Ferney, el XIX á Ars. A pesar de las apariencias contrarias y de las apiñadas nubes que encubren el porvenir, hay un general presentimiento del triunfo de la verdad en nuestro siglo. Ars ha sido el desquite de Ferney. Pero que esos dos hombres, en quienes se ha personificado el amor y el odio á Jesucristo en su más alto grado, hayan tenido tan sorprendente semejanza física, es uno de esos juegos de la sabiduría divina que nos hace recordar estas palabras de los Proverbios: *Ludens in orbe terrarum*. Añadamos que Ferney ha olvidado bien pronto á Voltaire, y Ars no es fácil que olvide á su Párroco. No sólo en Ars, sino en el mundo entero, se hablará mucho tiempo de ese humilde sacerdote; se narrarán sus obras prodigiosas, se celebrarán sus virtudes y se glorificará su memoria. Su imagen se guardará siempre en lugares donde ni la imagen de Voltaire ni la de ningún personaje de nuestra época entrarán jamás. Todas las cosas contemporáneas, aun las más grandes, las más bellas y estables, perecerán, y el Párroco de Ars vivirá. Vivirá de la vida prometida al justo, que es aquí recompensa precursora de la eterna dicha.



CAPÍTULO II

Cualidades naturales del Beato Vianney.—Vivacidad de su espíritu.—Agudeza de sus respuestas.

GRANDE error es figurarse que la piedad impide al hombre el desenvolvimiento regular de sus cualidades naturales, que comprime y ahoga el vuelo del pensamiento, y que es incompatible con la grandeza de espíritu. Esto supone que en las personas consagradas á Dios no puede haber una inteligencia elevada y un corazón generoso. ¡Qué despropósito tan singular! ¡Como si el ideal de la belleza en los sentimientos humanos no resultase de la lucha que hay entre ellos, cuando se ponen ante el deber que los exalta y domina! No: la piedad no agota la fuente de lo bello, sino que la santifica. La santidad no aja lo que toca; al contrario, lo eleva y purifica. A las felices disposiciones que son en nosotros obra de la naturaleza, añade un aumento de vigor y sabiduría, que es obra del Espíritu Santo.

Este perfeccionamiento intelectual y moral, y este engrandecimiento de las facultades humanas, sublimadas por la gracia, era admirable en el Párroco de Ars. Hemos visto lo que fué en su juventud y en su edad madura, y confesamos ingenuamente que no tenía grandes conocimientos en ciencias humanas. ¿Y

dónde, cuándo y cómo hubiera podido adquirirlos? Pero, en cambio, tenía lo que suple la ciencia y, en casos dados, la experiencia: tenía la fe, que lo prevé todo, y lo sabe todo. Tenía una gran sabiduría práctica, un sentido profundo de los caminos de Dios y de las miserias del hombre; una sagacidad admirable; un golpe de vista seguro y pronto; un talento claro; un ingenio agudo y penetrante. Estaba además dotado de memoria sobrenatural, de tacto exquisito y de una observación prodigiosa.

Desde el pequeño y desconocido rincón de tierra en donde le había colocado la Providencia, más bien bajo el celemin que sobre el candelero, no ha dejado de brillar á los ojos del mundo en manera incomparable. Mostrándose siempre á las almas con la bondad que cautiva, con la virtud que edifica y con la verdad que ilustra, ha personificado á la vez en sí mismo una triple representación de Nuestro Señor.

El Párroco de Ars no era sólo santo, como han dicho algunos; además de la santidad, había en él luz, y extraordinaria luz. Sobre cualquier asunto que hablase, ya fuese acerca de Dios, del mundo, de los hombres ó de las cosas, de lo presente ó de lo por venir, sus palabras eran rayos de luz. ¡Oh con cuánta claridad y belleza se ve, cuando se ve á la luz del Espíritu Santo! ¿Quién puede medir la altura á que eleva la fe el sentido y la razón?

Tampoco era extraño á ninguna de las otras cuestiones que menos directamente interesaban al orden religioso y social. Tenía sobre este particular un alcance tan luminoso, que con facilidad resolvía multitud de cuestiones que no se atrevían á resolver las personas más hábiles.

Ese hombre, tan duro para sí mismo, que llevaba sobre toda su persona las huellas de asombrosas penitencias, era muy amable, agradable en extremo, oportuno y agudo en sus respuestas; refería los sucesos con una ingenuidad llena de gracia, y en sus conversaciones se dejaba ver la sonrisa del alma, que siempre estaba en sus labios para inspirar confianza.

El buen Párroco lloró mucho tiempo á la señorita de Ars, y siempre conservó de ella un recuerdo lleno de ternura y veneración. En la primera visita que hizo á los herederos, no pudo disimular su profunda emoción, y exclamó: «¡Pobre señorita! ¡Qué pena da el no verla en la iglesia, ocupando su humilde asiento!» Luego, reprobando su propia sensibilidad, añadió: «Sin embargo, Dios nos trata con misericordia; no tenemos por qué quejarnos; nos trata como trató á su pueblo; cuando les quitó á Moisés, *les dejó á Caleb y Josué.*»

Monseñor Langalerie, en una de sus frecuentes visitas, le dijo festivamente: «Mi buen Párroco, ¿me permitiréis decir Misa en vuestra iglesia?» Y el santo hombre le contestó: «Monseñor, siento que no sea hoy Navidad, para que V. E. pudiera decir tres.»

Cuando el Rdo. P. Hermann se presentó en Ars la primera vez, quisieron hacerle predicar. El señor Párroco le suplicaba se dignase aceptar su puesto en el Catecismo, y el Rdo. Padre se excusó, consintiéndole sólo su humildad decir algunas palabras, después que concluyese el buen Párroco. Hizo éste su instrucción de costumbre, y la terminó así: «Hijos míos, hubo un santo que tenía vivos deseos de oír cantar á la Santísima Virgen; y como Nuestro Señor se complace en hacer la voluntad de los que le aman, se dignó

»concederle ese favor. Vió entonces una hermosa
 »dama que se puso á cantar en su presencia tan bien,
 »que jamás había oído voz semejante. Tan arrebatado
 »se sintió, que hubo de exclamar: «Basta, basta:
 »si continuáis, me muero.» La bella dama dijo entonces:
 »«No te admire mi canto, pues lo que has oído es
 »como nada. Yo no soy más que la virgen Catalina:
 »ahora vas á oír á la Madre de Dios.» En efecto, la
 »Santísima Virgen cantó á su vez, y el canto era tan
 »bello, tan bello, que el Santo se desmayó y cayó
 »como muerto de placer, ahogado en bálsamo de
 »amor. Pues bien, hijos míos: hoy sucederá una cosa
 »parecida. Acabáis de oír á Santa Catalina; vais á
 »oír á la Santísima Virgen.»

Volviendo el santo Párroco de una gran procesión
 del Santísimo Sacramento, se le quiso obligar á tomar
 un refresco, y lo rehusó diciendo: «Es inútil: no
 »tengo necesidad. ¿Cómo he de estar fatigado? ¡Llévame
 »ba al que me lleva!»

Decíasele en una ocasión: «Señor Párroco, mucho
 »amáis á vuestros Misioneros: cuando os vayáis al
 »Cielo, les dejaréis un buen legado, aunque no sea
 »más que el manto de Elías.—Amigo mío, no es fácil
 »heredar un manto de quien no tiene siquiera una
 »camisa.»

Monseñor Claredon se dignó nombrar Canónigo
 honorario al Párroco de Ars, lo que fué causa de humillación
 para el siervo de Dios. Con este motivo ocurrióse á uno
 decirle, con cierto aire de lisonja, que era el único
 Canónigo nombrado por Monseñor Claredon. El Sr. Vianney
 vió el lazo, y replicó al momento: «Lo creo en verdad:
 Monseñor ha tenido la »mano muy desgraciada. Ha visto
 que le salió mal el

»primer nombramiento, y no se atreve á repetirlo.»

Cierto día vió uno de sus retratos con la muceta
 de Canónigo y su cruz de honor. «Para que fuese
 »completo, dijo, debía ponerse debajo: *Vanidad, orgullo,
 nada.*»

En otra ocasión se aludía á esas dignidades, y
 contestó al instante: «Si, soy Canónigo honorario por
 »la gran bondad de Monseñor; caballero de la Legión
 »de Honor por un engaño del Gobierno, y pastor de un
 »asno y tres ovejas por la voluntad de mi padre.»

Las contestaciones del venerable Vianney eran tan
 contundentes, que no daban lugar á réplica. Se aproximó
 cierto día á él un caballero de los que se llaman espíritus
 fuertes, y le dijo que había en la Religión cosas que era
 imposible creer. «Por ejemplo, »continuó el buen Párroco...—
 »Por ejemplo, dice el caballero, la eternidad de las penas.—
 »Amigo mío, os aconsejo que no habléis jamás de Religión.—
 »¿Y por qué?—Porque sería preciso que antes estudiaseis el
 »Catecismo.—¿Qué dice el Catecismo?—Que es preciso
 »creer en el Evangelio, porque es la palabra de Dios: ¿creéis
 »en el Evangelio?—Sí creo.—Pues bien, el Evangelio dice:
 »*Id al fuego eterno.* ¿Qué más queréis? La cosa parece
 bastante clara.»

El Párroco de Ars tuvo otro día una entrevista con
 cierto rico protestante en presencia del Sr. Focanier: ignorando
 el siervo de Dios que el caballero á quien acababa de hablar
 de Nuestro Señor Jesucristo era protestante, le dió una
 medalla, y éste, al recibirla, le dijo:

«Señor Párroco, dáis una medalla á un hereje; al
 »menos, eso soy, según vuestro modo de ver; mas es-

»pero que algún día nos hallaremos en el Cielo, á
»pesar de la diversidad de nuestras creencias.»

Vianney, tomando la mano de su interlocutor, le dijo con vivísima fe y la más tierna compasión: «¡Ay, amigo mío, allá en el Cielo no nos uniremos sino cuando nos hayamos unido sobre la tierra. Donde el árbol cae, allí permanece. — Señor Párroco, confío en Jesucristo, que ha dicho: El que cree en mí, tendrá la vida eterna. — ¡Oh, amigo mío! Nuestro Señor también ha dicho otra cosa. Ha dicho que el que no escuche á la Iglesia, sea mirado como un gentil: ha dicho que no debía haber más que un rebaño y un solo Pastor, y ha establecido á San Pedro Cabeza de de su Iglesia ó de ese único rebaño.» Luego, tomando el tono de una voz más insinuante, añadió: «No hay, amigo mío, dos maneras de servir á Nuestro Señor; no hay más que una buena, y es servirle como desea ser servido.» Dicho esto se retiró, dejando al rico protestante penetrado de una turbación saludable, que fué precursora de la gracia de su conversión.

El fundador de un célebre Asilo de huérfanos consultó al venerable Vianney sobre la oportunidad de conciliarse la atención y favor del público por medio de la Prensa. «En vez de hacer ruido en los diarios, respondió el siervo de Dios, hacedlo á la puerta del Tabernáculo.»

Un caballero, cuya obesidad y buena salud hacían singular contraste con la palidez y extenuación del santo anciano, le dijo cierto día: «Señor Párroco, cuento con vuestro favor para ser bien acogido en el Cielo. Espero no os olvidaréis de vuestros amigos, y que les daréis parte en el mérito de vuestros ayu-

»nos y sacrificios. Cuando vayáis al Cielo, procuraré agarrarme á vuestra sotana. — ¡Oh, amigo mío, guardaos de eso! le replicó el santo Párroco: la puerta del Cielo es estrecha, y como está usted tan grueso, nos quedaríamos ambos fuera.»

Según se ve, Vianney era ingenioso y agudo en sus respuestas; pero, siguiendo el consejo de San Pablo, evitaba los discursos vanos y profanos, y las cuestiones ociosas que dan ocasión á disputas apasionadas y poco edificantes. Si se hallaba presente en algún ligero debate, guardaba modesto silencio, cual si creyese ofender á una de las dos partes emitiendo su parecer. Mas cuando se le rogaba, intervenía con alguna palabra graciosa y conciliadora, con uno de esos grandes principios que no se discuten y que llevan la concordia, colocando á los contendientes en el terreno de la paz. Su alma se elevaba siempre como un ser angélico sobre las cuestiones apasionadas y los intereses vulgares. Miraba las cosas á la luz de la fe, que es el punto de vista familiar á todos los Santos, y la conciencia era su único horizonte: el mundo exterior no existía para él.

Desde que volvió de Dardilly, donde convaleciera de la grave enfermedad que contrajo en Mayo de 1843, no salió de su parroquia, ni faltó un solo día ni una sola hora al habitual método de vida. Su única recreación era la visita á los enfermos y á sus amados Misioneros. No hallaba bueno, agradable é interesante sino lo que se refería á Dios. El corazón está allí donde está el tesoro, y el Bien soberano le atraía hasta el extremo de no poder pensar en otra cosa; su conversación era más divina que humana, y tan del Cielo, que sus palabras exhalaban celestial perfume.

Hablaba de los misterios de la otra vida cual si fuese uno de sus moradores; y de las miserias y vanidades de ésta con cierta ironía tan dulce y graciosa, que excitaba una risa, bien saludable por cierto. A medida que hablaba, crecía la intimidad de sus comunicaciones y se desbordaba su corazón.

Por interesante que fuese el objeto de la conversación, el buen Párroco hablaba siempre con sencillez, que es el verdadero carácter de los hijos de Dios. Ya hablase del Cielo, de los Santos ó de las cosas divinas, usaba un lenguaje familiar y no hacía más comparaciones que las populares; en sus dulces y agradables expansiones, eran objeto de sus coloquios las delicias de la Eucaristía, la felicidad de los buenos, las esperanzas de la vida eterna; ó mostraba el afán y la solicitud de su corazón por la exaltación de la Santa Iglesia y el triunfo de la justicia y de la verdad en el mundo.

«Ser Rey, decía, ¡triste destino! ¿Qué felicidad se halla en ser Rey de los hombres?... Mas ¡ser de Dios y para Dios, ser de Dios enteramente, sin reserva, sin división! ¡El cuerpo de Dios! ¡El alma de Dios!... ¿Cabe mayor dicha? ¡Un cuerpo casto, un alma pura! ¡Oh, nada más bello!» Y al llegar aquí, las lágrimas y sollozos ahogaban su voz.

«Hoy, decía en la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, nos coloca nuestro Salvador sobre su Corazón. ¡Oh quien pudiese estar siempre en ese asilo sagrado!» Luego, juntando las manos y levantando al Cielo sus ojos llenos de lágrimas, exclamaba: «¡Oh Corazón de Jesús! ¡Oh Corazón, océano del más puro amor! ¿Qué amaremos, pues, si no amamos al Corazón de Jesús? ¿Cómo es posible no amar lo que es

»infinitamente amable y digno de ser eternamente amado?»

En otra ocasión nos hablaba de las alegrías de la oración y de la vida interior, no tratando jamás de esta materia sin que se derritiera su corazón. «La oración, decía: ¡he ahí la verdadera felicidad del hombre sobre la tierra! ¡Oh hermosa vida! ¡Oh hermosa unión del alma con Jesús! La eternidad es corta para comprender tanta dicha... La vida interior es un baño de amor, en el cual el alma se sumerge y está como ahogada de amor. Dios es para el alma interior como una tierna madre, que tiene la cabeza de su hijo entre sus manos para llenarle de besos y caricias... Yo pienso muchas veces en la alegría de los Apóstoles cuando vieron á Jesús resucitado. Como les amaba tanto, y era tan bueno para ellos, es de presumir que los abrazaría cuando les saludó diciendo: *La paz sea con vosotros*. Así abraza á nuestra alma cuando oramos, y como á ellos nos dice también: *La paz sea con vosotros*.»

«El que no ora es como una gallina ó pava que no pueden remontar su vuelo, y, si vuelan un poco, caen en seguida sobre la tierra, la escarban, se revuelcan en ella, y parece que sólo en esto tienen placer. Al contrario, el buen cristiano es como una águila intrépida que se cierne en el aire y parece que se esfuerza por aproximarse al sol. He ahí lo que es el buen cristiano con las alas de la oración. ¡Oh qué bella es la oración! El que está en gracia de Dios no necesita que se le enseñe á orar; conoce instintivamente la oración, porque conoce su necesidad.»

»En la unión con Jesucristo, y en la unión con su

»santa cruz, en eso consiste su salvación. La señal
 »distintiva de los elegidos es el amor, así como la de
 »los réprobos es el odio. Ningún réprobo ama á otro
 »réprobo: el hermano detesta al hermano, el hijo al
 »padre, la madre al hijo, y ese odio universal se con-
 »centra sobre Dios: he ahí lo que constituye el Infer-
 »no. Los Santos aman á todo el mundo, y de un modo
 »especial á sus enemigos. Su corazón, abrasado de
 »divino amor, se dilata á proporción del número de
 »almas que Dios pone en camino del cielo, como las
 »alas de la gallina se extienden en proporción del
 »número de sus polluelos.»

Vianney solía decir también: «El corazón de los
 »Santos es incommovible, y como una roca en medio
 »del mar.

»Las personas devotas que confiesan y comulgan
 »con frecuencia y no hacen obras de fe y caridad,
 »son parecidas á los árboles en flor: ¿ereís que sus
 »frutos están en relación con el número de flores? Os
 »equivocáis, porque entre los unos y los otros hay
 »mucho diferencia.

«¡Oh y qué bello será el día de la resurrección!
 »Se verán aquellas venturosas almas salir del cielo
 »como soles de gloria, y unirse á los cuerpos que
 »habían animado sobre la tierra: y cuanto más morti-
 »ficados hayan sido éstos, mayor será el resplandor
 »de su gloria. Brillarán como preciosos diamantes.»

El santo Vianney hablaba con frecuencia de los
 Santos, y no podía hacerlo sin derramar dulces lágrimas.
 Al oírle sus narraciones, llenas de interés y de la más
 tierna poesía hasta en sus menores detalles, sentíase uno
 tentado á creer que había conocido á esos buenos Santos,
 y que había vivido con ellos en

la más estrecha intimidad. Sabía de ellos cosas enteramente desconocidas, ó que oíamos entonces por vez primera. Lo que más le encantaba en la vida de los siervos de Dios era la parte legendaria; y lo que hallaba más prodigioso y contrario al curso ordinario de las cosas, le extasiaba sobremanera. «Yo creo,» decía, que si tuviésemos fe, seríamos dueños de la voluntad de Dios; la tendríamos encadenada, y nada nos negaría.» Nos hablaba luego de las condescencias divinas respecto de los Santos, y nos contaba mil historietas, á cual más bellas y maravillosas, que nos edificaban y nos hacían reír y llorar. Lo que más nos conmovía era la agradable sencillez con que ese hombre, verdaderamente niño por su corazón, nos las contaba, animándose por grados, exaltándose y enterneciéndose á menudo. Nada nos parecía tan delicioso y agradable como aquellas lágrimas bastante frecuentes, aquellas sonrisas de ángel, aquel natural abandono á toda impresión, y aquellas expansiones del alma unidas á tan elevados pensamientos, á hábitos de una vida tan austera, á sacrificios tan penosos, y á un apostolado tan laborioso.

En este tiempo, en que ya no hay sencillez de corazón y apenas queda rastro de ella en las relaciones sociales, quien haya conservado el sentido cristiano no podrá menos de reconocer y confesar, con santa envidia, que en tan bueno y santo sacerdote se ha cumplido á la letra esta adorable sentencia del Señor: *Es necesario hacerse semejantes á los niños.*